

Lo autobiográfico y lo literario en *Primeras hojas*, de Alonso Zamora Vicente

Elena Cianca Aguilar

Primeras hojas es un conjunto de relatos que da cuenta de la infancia de su autor, un niño de la pequeña burguesía madrileña de los años veinte. La primera edición, publicada en 1955, está integrada por dieciocho relatos, cuya ordenación sigue un criterio de aparente avance temporal, roto por la propia concepción de la obra. Esta ruptura se debe a que muchos fueron escritos de manera independiente, para ser publicados en periódicos¹ durante la estancia de su autor en Argentina. Posteriormente, Zamora decide reunirlos en un volumen². La ordenación no es arbitraria, sino que parece ajustarse a un año de la vida del niño, que comienza en torno a la muerte prematura de la madre y que va avanzando temporalmente. Sin embargo, al haber sido pensados independientemente se producen desajustes cronológicos, presentaciones de personajes que ya han aparecido, etc., que, sin embargo, no afectan en absoluto a la idea de conjunto unitario que ofrece el libro. En la segunda edición³, de 1985, el libro se ve aumentado con cuatro historias más.

La voz narrativa en primera persona nos induce inmediatamente a pensar que estamos ante un texto autobiográfico. Vamos a tratar de analizar qué hay de autobiográfico en este libro.

En ese presente narrativo, el narrador protagonista apenas cuenta con siete años. Este dato lo encontramos de manera explícita en el capítulo *Pesadillas*. El niño va a pasar unos días con su tía Rosa, hermana de su madre –como se nos dice en el relato–, tras su muerte:

Debo de sangrar por las narices, el tío Goyo no subió al cerro por mi culpa, no, fue él quien lo propuso: Anda, siete añazos, vámonos arriba, ¿es que no lo oye? Hola, María, ¿vas a la fuente de la plaza por agua?, déjame ir contigo, te prometo no quedarme a jugar en el atrio con los chicos del sacristán, pero llévame. Llévame (p. 80).

Sin embargo, cuando el libro parece que avanza temporalmente, en el capítulo titulado *Colegio*, nos encontramos con que son seis los años:

¹ En *Buenos Aires literario*, en el suplemento literario de *La Nación*, de Buenos Aires, y en *Azul*, de Montevideo

² Zamora Vicente, Alonso, *Primeras hojas*, Madrid, Ínsula, 1955.

En la conversación que con él mantiene Juan Manuel González Martel, Zamora responde que escribió *Primeras hojas* “en la ciudad de Salamanca” (“Sensaciones recuperadas para ‘En el huerto’ de *Primeras hojas*. Una conversación del martes 31 de mayo de 1977”, en *Revista de Filología Románica*, 2007, vol. 24, p. 116).

³ Zamora Vicente, Alonso, *Primeras hojas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985. Las citas que se reproducen en este texto siguen esta edición.

Escozor de saber que nos están mirando todos a la vez, presentimiento afrentoso de que ya sabrán en casa que casi me he, bueno, encima, y tan grandullón, seis añazos, angustia que va y viene, una imprecisa pena fatigándome la boca (pp. 148-149).

Cuando va por vez primera al colegio, la madre ya ha muerto. Es el penúltimo capítulo de la primera edición. En él se aprecia de nuevo el avance temporal de la narración, basado en el dato de que el niño lleva en la solapa una cinta negra, que significa luto:

¿Se habrán acordado de ponerme la cinta negra en la solapa? (p. 144).

De su familia sabemos que está integrada por el padre, la madre y los cinco hijos. También vive con ellos Dorotea, la criada. El nombre del protagonista no figura ninguna vez. Tampoco él dirá el nombre de sus padres, sino que se refiere a ellos como “mi padre” o “mi madre”, ni ningún personaje se dirigirá a ellos por su nombre. A los hermanos siempre los llamará, en cambio, por su nombre: Elisa, Paco, Fernando, Miguel⁴. Tan solo dirá “mi hermano” en dos ocasiones, cuando se enteran de la muerte de su madre, en el hospital de Carabanchel:

Me vuelvo hacia atrás y veo a mi padre que abraza a mi hermano mayor (p. 43).

Y ya el autor, de adulto, cuando recorre los lugares de su infancia en el último de los episodios añadidos en la segunda edición dice “mi hermano Miguel”:

También murió mi hermano Miguel, que me llevaba a Pinto los domingos, cuando iba a ver a la novia (p. 190).

Tampoco sabemos el orden de nacimiento de los hermanos. ¿Quién es el mayor? Parece que es Elisa, porque tiene novio, porque se fija más en cuestiones de las que se ocuparía una madre, del aspecto físico del niño, por ejemplo:

Mi padre y don Juan iban, volvían. Yo no me atrevía a interrumpirlos. Podía escaparme con otros muchachos, no lo notaban. Y al entrar en casa eran los gritos de Elisa, dónde te has metido, qué botas traes, pareces un golfillo, mientras mi padre se preguntaba dónde podía haberme puesto las botas así, y aseguraba, cansado, que no habíamos estado más que a ver la parada, y yo gritaba que sí, que la parada, que habíamos visto de cerca al rey, y El Escorial, y sin que nadie me oyera, por si era demasiado fácil o pecado, preguntaba a mi padre qué era eso de la ‘gota serena’ (pp. 39-40).

También se ocuparía del comportamiento de sus hermanos ante los demás:

Elisa pide perdón a su novio por nuestra mala crianza, y dice ya ya y bueno bueno, y cuando lleguemos a casa. Y yo sé que no habrá nada cuando lleguemos a casa, porque no se enteren de lo del novio, y todo se remedia con otra perra gorda más, mitad quesitos, mitad cigarrillos de anís (pp. 64-65).

Muy especialmente se ocupa del comportamiento del pequeño, precisamente porque la distancia de años entre ellos es mayor que con los otros hermanos:

⁴ Esto mismo ha sido visto por Jesús Sánchez Lobato en “Asedio a ‘Primeras hojas’ de Alonso Zamora Vicente”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 432, junio de 1986, p. 185.

Un cachete, mamá, un cachete ahora y todo arreglado”, decía Elisa, y Paco, más en mi lado: ¿dónde vas a ir sin dinero? (p. 111).

Vamos a Rosales porque has sido bueno, no te has revolcado en el suelo, no has hurgado en los cajones. Según Elisa, es premio concreto a no haber revuelto en sus postales (p. 63).

Parece que es la más madura para ocuparse de cosas importantes, como del entierro de la madre, de encargar las esquelas, etc.:

Dorotea dice a Elisa que se calme, porque si no le va a dar otro ataque de nervios y quién se va a encargar de tanto, y quién va a ir a las esquelas, más bullente lagrimeo, el entierro mañana y no podremos ir todos (p. 44).

Suele opinar de los asuntos familiares como un adulto:

También tenían, de vez en cuando, otros sobrinos, un rebaño de granujas, decía Elisa, que iban a ver qué sacaban de allí (p. 77).

Y es la más consciente de la muerte de la madre:

Fue aquel otoño en que también hubo crisantemos, blancos, amarillos, con su aire estúpido, despeinados bajo la lluvia, los crisantemos que, cuando volvíamos por la noche al tranvía, bordeando las charcas, se quedaban en el cementerio de Carabanchel, donde estaba enterrada mi madre, todos nosotros un poco bobos, como si no nos diéramos bien cuenta de la dura distancia a que su cuerpo vivía, Elisa lloriqueando, cada ocurrencia (pp. 89-90).

En otro sentido, Elisa es ya una jovencita, coqueta, que se preocupa de vestir bien, de ir a la moda, de presumir. El día que se enteran del fallecimiento de la madre, todos se habían engalanado para ir a visitarla. Elisa iba feliz con su nuevo sombrero:

Los demás también iban endomingados, sobre todo Elisa, que estrenaba un sombrero malva, de ala muy ancha, cuajada de cerezas y flores. Tuvimos que perder dos tranvías porque ya traían gente y no podía pasar ella, tan grande resultaba el sombrero (p. 41).

Muestra deseo de acudir a los lugares de más reconocimiento social:

La tarjeta, por fin, tanto tiempo suspirando por ella, sobre todo Elisa, que la tenían las de Serafin, y nosotros, pues no sé por qué no la vamos a tener nosotros, y qué habrá dentro de la Casa de Campo. La tarjeta, un cartón morado, el escudo de España en medio y arriba, y para el titular y tres personas más, pero nunca preguntan por el titular, que es el que pone allí (p. 91).

Por todo ello podríamos sacar la conclusión de que Elisa es una chica ya mayor. Sin embargo, en el texto se ofrece también cierta ambivalencia, al mostrarla jugando con sus hermanos pequeños a meterles miedo con Camuñas, por ejemplo:

Nos acercamos a la puerta, cobardemente valerosos, y cuando se entreabre se le ve cubierto con su túnica de siempre, blanca, la cabeza se adivina, las manos tendidas

hacia adelante. Ya se le ha visto de cerca, ya se le tiene menos miedo. Es entonces cuando pretende entrar y Paco tira de la puerta muy fuerte y deprisa, un revuelo de trapos y medias risas, lamentos, y hay una mano agarrada por la puerta y yo la golpeo frenético con una regla (dale fuerte en las manos, quizá no sea lo que te piensas), el fantasma que habla, grita, dice cosas que nadie quiere entender, acaba por llorar, se parece a Elisa, y cuando se abre la puerta del todo allí está Elisa despeinada, gimoteando, acariciándose los cardenales de la mano y la horrible huella del brazo oprimido por la puerta casi sangrando, la sábana en que se envolvía pisoteada, y nuestro miedo hecho claridad repentina y deslumbrante, Elisa llorando y la carraca que llevaba en la otra mano, eso era lo que hacía ruido, rota de los ciegos esfuerzos por soltarse, y más lloros y quién lo diría, tanto miedo por esta boba (pp. 100-101).

El hecho de que Elisa sea la más nombrada de la familia a lo largo de las páginas de *Primeras hojas* nos lleva a pensar que para el niño es el referente de la madre. La nombra incluso algo más que al padre, poco más. Seguramente el autor lo hará inconscientemente al recordarse como niño. Así lo guarda en su recuerdo, ya que no corresponde exactamente a cómo se muestra en los relatos, no tanto haciendo el papel de madre, sino inocente, en cierto modo. El trascurso de tiempo desde la pérdida de la madre, en el avance narrativo del libro, además, es muy breve, para que pueda llegar a experimentar, realmente, esa transformación.

Sin embargo, sabemos que el primero de los hermanos es Miguel⁵. En el libro es lo suficientemente mayor como para conducir una moto:

Vamos a pasar el día, o varios días, al campo, en el huerto de papá. Elisa no se cansa de dar recomendaciones, cada ocurrencia, que si los libros de Paco, que si las zapatillas viejas, a ver quién va a llevar esta bolsa, y Dorotea y Fernando cargados a no poder más, y Miguel que no quiso llevarse estas cosas en la moto (p. 81).

Miguel es quien recoge al niño en la plaza de Oriente tras su escapada de casa y de pasar todo el día fuera de ella:

Y volver, ya no me acongoja la idea, volver sin asperezas, envidia de los demás que han comido, un silencio ávido cuando Miguel me coge, violento, por un brazo, ¿dónde te has metido?, y, ya emparejados, no oír el verás cuando lleguemos, qué disgusto, la que te espera, todos buscándote, pareces un golfillo, dame esa bolsa a ver qué demonio llevas (p. 117).

De Fernando apenas podemos deducir nada. Se le nombra muy poco y las referencias que se dan de él en los relatos no permiten sacar conclusiones. Por las biografías sobre Zamora Vicente sabemos que es el tercero de los hermanos.

Paco es un chico que entra en la adolescencia, que comienza a dar sus primeras caladas de cigarrillo a escondidas:

⁵ Pedrazuela Fuentes, Mario, *Alonso Zamora Vicente: Vida y filología*, Universidad de Alicante, 2010, p. 29.

Paco en el vestíbulo fumando un cigarrillo con mucha soltura, ya es mayor, pero: ojo no digas nada en casa (p. 120).

Al que le gustan las chicas:

Quico es ya mayor, echa a andar delante con nosotros y nos dice que si hay en Madrid chicas como la Sofía, que ya veréis, y luego a Paco, señalándome: Oye, este es muy pequeño todavía, ¿no verdad?, y siento cómo me desprecian de repente y de acuerdo, esa desatendida quemadura de estar estorbando (p. 135).

Que pronto abandonará el pantalón corto, propio de los más pequeños. El cambio de pantalón corto a pantalón largo ocurría en torno a los trece o catorce años, cuando empezaba el cambio físico:

Tardes de Rosales, luto cercano. Volvíamos despacito, a pie, ya el sol bajo. Delante los mayores, seriecitos, qué irán preparando, hay que ver, a Paco habrá que ponerle pantalón largo en seguida (p. 66).

Este detalle unido a la edad del pequeño, que también se nos indica en el libro, nos permite deducir que Paco y Alonso se llevarían unos siete años, dato que se nos confirma en la citada biografía de Pedrazuela⁶.

Del libro se desprende que Paco es el hermano más cercano en edad a Alonso. Es con el que más tiempo comparte. Se ve que sigue siendo juguetero, que también es un niño. En *En el huerto* leemos:

Por la tarde se llena la balsa. Paco y yo nos relevamos en la bomba (p. 89).

Paco y Alonso son los chicos pequeños. Se ve que los otros tres hermanos, ya mayores, de alguna manera cuidan de ellos. En *Jueves Santo* nos encontramos con la siguiente recomendación: “a ver si se os pierden los chicos en las apreturas”. Con este plural, ¿a quiénes se están dirigiendo? Sin duda a Miguel, Elisa o Fernando:

La comida, qué apresurado volcar recomendaciones, planes, consejos, pareceres. Iremos por allí, iremos por allá. Nombres de iglesias (hoy estaciones), en esa habrá mucha gente, a ver si se os pierden los chicos en las apreturas (p. 162).

El parentesco siempre se utiliza al nombrar a los tíos y tías, acompañados siempre de su nombre de pila: la tía Rosa, el tío Gregorio, la tía Plácida, la tía Marina.

Muchas veces utiliza el nombre genérico de “los primos”, y poco más se nos dice de ellos. Sabemos que vienen a visitarlos, que les llevan a la Casa de Campo... Aunque sí que nombra a los de Albacete (Luciana y María), especialmente a Quico, con el que suelen compartir actividades, a pesar de que es algo mayor que ellos, como se ve en el capítulo *Veraneo*, donde se cuenta la estancia en el pueblo familiar. Tampoco sabemos si es el pueblo de su padre o de su madre. No hay referencias para averiguarlo. Allí también viven unas tías, cuyos nombres tampoco conocemos y un tío-abuelo, cuyo nombre igualmente ignoramos.

⁶ Obra citada, p. 31.

Siempre se referirá a Dorotea por su nombre. De Dorotea no sabemos más que era una criada mayorcita (p. 48). Pedrazuela⁷ añade que procedía de un pueblo de Ávila. En el relato ella misma hace mención de su pueblo:

y una vez en mi pueblo me brindaron un toro, mi padre metió cinco duros en el gorro del torerillo, porque era un torerillo muy maleta, estos cobrarán más caro por brindar un toro a una señorita, y se entornece, y me aprovecho para comprarme barquillos (p. 52).

Como estamos viendo, apenas se dice nada de la familia. Tampoco hay descripciones físicas de los personajes. No se habla de la profesión del padre, de lo que hacen, piensan o sienten los hermanos, de sus estudios, de sus inquietudes, etc. El episodio más intensamente autobiográfico, en cuanto que hace un recorrido por la familia, es el primero, *Viejos retratos*. Pero tampoco en este nos hablará demasiado de los familiares más cercanos. Hará comentarios cortos, a veces significativos, a veces anecdóticos, como los que se suelen hacer al hojear un álbum de fotos.

En este repaso del álbum familiar se prescinde en muchos casos del parentesco. Se hablará de Esperancita, de Federico, de Florentina, de Luis. Y el lector no sabrá quiénes son. Pero tampoco le importará demasiado al narrador que contempla el álbum. No importa tanto el dato exacto, sino la atmósfera. La que, por suerte, ha quedado en el recuerdo:

Y una amable ternura mantiene en su sitio la vieja cartulina, quién será, qué ojos grandes, me recuerda a alguien que no acierto, seguramente olía a pachulí. Sí, ya no importa la cara, la pasajera identificación, sino la presencia de esa tarde alegre del retrato, vanamente eterna ya, y ajándose (p. 33).

Si quisiéramos escribir una biografía de Alonso Zamora Vicente a partir de la información contenida en *Primeras hojas* apenas llenaríamos una página. Los datos biográficos, como vamos viendo, son muy escasos. Tampoco el niño descarga su interior, sus emociones en la obra. Será más bien un yo estable, idéntico de principio a fin. Sin embargo, la sensación de que estamos ante una obra de carácter autobiográfico es constante. Una de las razones que contribuye a ello es el reflejo en la obra de los personajes. Los más cercanos al niño están singularizados. Unas veces tendrán nombre propio, otras, un nombre genérico, sin que por ello pierdan protagonismo. “Don Juan el párroco” (p. 39); el hombre de la música que tocaba en el violín y cantaba canciones de moda, como *Cielito lindo* (p. 55); el hombre del organillo, que llegaba por primavera y tocaba al caer la tarde pasodobles y chotis, que bailaban las parejas en la calle (p. 56); el francés, que llegaba por las mañanas con un “enorme bombo” a la espalda, “y encima del bombo unos platillos” (p. 59-60); un charlatán que vende “peines, despertadores; unos polvos dentífricos, pasta rosa ...” (p. 112); el hombre del cartelón (p. 115); la “vieja” que vende chucherías en un puestecillo de la plaza de Oriente (p. 116); el acomodador (p. 120). No son prototipos, tienen su vida, su importancia en el recuerdo del niño. En cambio, otros personajes que podrían tener la misma presencia no se hacen visibles en el universo de *Primeras hojas*. Por ejemplo, en el capítulo de *La verbena* no se nombra a las personas encargadas de la atracción, ni por su nombre propio ni por su oficio. Se debe a que

⁷ Obra citada, p. 42.

no integran el mundo rutinario del niño, como lo hacen el charlatán, el francés o el hombre del cartelón. De la verbena importan las atracciones, los columpios, los caballitos, la noria, no las personas encargadas de ellas. Sin embargo, al paso de la procesión sí se van distinguiendo las autoridades, los curas, la banda militar; o se cita a los conocidos por su propio nombre: doña Amalia, Susanita, don Julián, don Joaquín (p. 129).

Todos ellos forman parte de la atmósfera que envuelve o rodea al niño protagonista⁸. Pero lo propiamente autobiográfico, insistimos, es escaso. Esperaríamos saber algo más de la tía Rosa, del tío Gregorio, de la tía Marina o de la tía Plácida, que viven cerca de Madrid o en la misma ciudad. Incluso alguna pincelada de las tías de Albacete. De la tía Rosa conoceremos que era la hermana mayor de su madre. Vivía en Arganda del Rey con su marido. Se dedicaban a sus tierras y a sus fábricas. Era una persona muy seria, de muy mal humor y pegaba frecuentemente al niño, a pesar de haber ido a pasar unos días al poco de morir su madre. Tenían más sobrinos, pero el comentario que hace Elisa al respecto de los sobrinos no permite saber si son sobrinos por parte de Rosa o de su marido, Gregorio.

El luto más cercano y rígido por mi madre lo pasé en casa de mi tía Rosa, su hermana mayor, que no se reía nunca. Vivía en Arganda del Rey, cerca de Madrid, entregados ella y su marido, Gregorio, a cuidar sus olivos, sus vinos, sus fábricas de esto y de lo otro. También tenían, de vez en cuando, otros sobrinos, un rebaño de granujas, decía Elisa, que iban a ver qué sacaban de allí (p. 77).

La tía Marina aparecerá en dos ocasiones. En *Viejos retratos*, cuando contemplan el álbum familiar, y en *En el huerto*. En el primero se hace mención a la envidia que le produce que los padres del protagonista sean novios, envidia debida a que Marina no tenía novio, debemos suponer. En el segundo ejemplo, el padre corta un alhelí de su huerto para llevárselo a la tía Marina. Imaginamos que es su hermana, quizás sea su cuñada. Y se lo llevarán al cementario, según nos dice el propio Zamora⁹:

La foto es mala, aún eran novios, era una gloria verlos, tu tía Marina se consumía de envidia, y qué mantilla de Almagro (p. 30).

Le llevaremos ese alhelí a la tía Marina (pp. 87-88).

Ni siquiera encontraremos rasgos que permitan perfilar la figura de su madre. Murió muy tempranamente en un hospital de Carabanchel, tras una operación, a finales de marzo.

El niño no entiende el drama que acaba de ocurrir. Dice:

Por qué lloráis todos, qué ha pasado, yo quiero estar con vosotros (p. 43).

Cuando contempla a su madre yacente, le viene a la cabeza las veces que la veía dormida; no es consciente de lo que ha sucedido:

⁸ Sobre la atmósfera madrileña de los años veinte he tratado en mi intervención "Madrid hacia 1920 en *Primeras hojas*, de Alonso Zamora Vicente", en el Homenaje a Alonso Zamora Vicente, de la Universidad Nebrija (septiembre, 2016).

⁹ Nos enteramos por el propio Zamora de que la tía Marina había muerto un año antes que su madre, en González Martel, artículo citado, p. 119.

Y en una cama veo a mi madre, muy quieta, como cuando yo la veía dormida en casa, algo despeinada, y un olor. Tiran de mí por detrás, la monja me lleva al jardín, rompo a llorar, que me duelen mucho los pies, y pobrecito otra vez y, arrastrándome, te daré de merendar, pronto te irás a casa (p. 44).

No sabemos casi nada de su madre. Pero su presencia se hace notar en dos momentos del libro. Uno de ellos en *Alucinación*, la madre habla (estilo directo) y sonrío ante el juego de los chicos:

Nos acercamos a la puerta, cobardemente valerosos, y cuando se entreabre se le ve cubierto con su túnica de siempre, blanca, la cabeza se adivina, las manos tendidas hacia adelante. Ya se le ha visto de cerca, ya se le tiene menos miedo. Es entonces cuando pretende entrar y Paco tira de la puerta muy fuerte y deprisa, un revuelo de trapos y medias risas, lamentos, y hay una mano agarrada por la puerta y yo la golpeo frenético con una regla (dale fuerte en las manos, quizá no sea lo que te piensas), el fantasma que habla, grita, dice cosas que nadie quiere entender, acaba por llorar, se parece a Elisa, y cuando se abre la puerta del todo allí está Elisa despeinada, gimiendo, acariciándose los cardenales de la mano y la horrible huella del brazo oprimido por la puerta casi sangrando, la sábana en que se envolvía pisoteada, y nuestro miedo hecho claridad repentina y deslumbrante, Elisa llorando y la carraca que llevaba en la otra mano, eso era lo que hacía ruido, rota de los ciegos esfuerzos por soltarse, y más lloros y quién lo diría, tanto miedo por esta boba, y — ¿aún?, ¿antes?, ¿luego?, ¿ya enferma?— mi madre sonriendo, y qué chicos estos, Dios mío, y te está bien empleado, y la alegría total, definitiva, de la cama caliente y la noche silenciosa, el inmenso gozo de sentirse contento y atrevido, el corazón tranquilo ya, ordenadamente y palpitando” (pp. 100-101).

El otro en *Escapada*, cuando Elisa se dirige directamente a ella para que ejerza su autoridad sobre el hermano pequeño, que amenaza con escaparse de casa. La madre no habla, simplemente está ahí, formando parte de la escena:

Preparé con solemnidad mi huida, arreglando mi equipaje ante la vista de los demás. “Un cachete, mamá, un cachete ahora y todo arreglado”, decía Elisa, y Paco, más en mi lado: ¿dónde vas a ir sin dinero?, y los mayores: “Déjalo, ya veremos si se atreve”, como si pensarán que, al llegar a la puerta, me iba a volver (p. 111).

Como hemos dicho, los episodios narrados se corresponden con un período limitado de la infancia del protagonista. Las historias se desarrollan antes de que cumpla los siete años y, quizás, un poco después de haberlos cumplido. La infancia del protagonista está centrada en torno a la muerte de la madre. Cuenta lo que ocurre antes y después de esta desgracia. Especialmente lo que ocurre después. La vida sin la madre. Es relevante que no comience el volumen con *La primera muerte* —no tengo en cuenta *Viejos retratos* por tratarse de un relato contextualizador—, habría dado otro tinte al libro. Y, por otra parte, que se inicie con los paseos con el padre, quizás pretenda resaltar la vida familiar antes de la muerte de la madre, que el padre siempre ha estado presente, que no quepa la interpretación de que su presencia se intensifica al tener que cubrir la función de la madre ausente. El comienzo de *Mañana de domingo* es categórico en este sentido:

Mi padre me llevaba a todas partes. Anda ceñido en mi recuerdo a todos los pequeños placeres de mi infancia (p. 36).

El padre va a ser el segundo personaje más citado, casi las mismas veces que Elisa. Esto no es una casualidad. Tanto Elisa como el padre son dos pilares fundamentales en la vida de Zamora Vicente. Y esta presencia constante en el recuerdo del niño se cuela en el libro.

Quiere transmitirnos la idea de familia, de familia completa: con su madre, su padre y sus hermanos.

La tía Plácida nos parece, hermana del padre por el modo que tiene de preguntar a los chicos por él. Probablemente vive en una casa nueva, lujosa, frente al museo del Prado (no se nombra el museo, pero parece que no puede ser otro, dicho de manera antonomástica, como lo hace)¹⁰. Está viuda. El marido mantenía una relación extramatrimonial con otra mujer. De él se nos dice que era coronel de la escolta real. Había recibido títulos como: Caballero Maestrante, Gran Cruz de San Hermenegildo y de la Reina Regente, medalla de los sitios de Cádiz y de Zaragoza, etc.:

Los títulos del tío colgaban de la pared, caballero maestrante de no sé qué, y gran cruz de San Hermenegildo, y de la Reina Regente una gratitud especialísima, y medalla de los sitios de Cádiz y Zaragoza, Mérito Civil Blanco. La tía explicaba todo muy rígida, la gargantilla puesta, amenazando-señalando con el dedo a cada cosa que decía. La vitrina con el uniforme del tío, el último que se hizo, coronel de la Escolta Real, lo estrenó cuando la boda del rey, lo más galán que vi (p. 107).

Todos los personajes de *Primeras hojas* tienen un algo de onírico. No se les puede poner caras. Apenas se dice algo de ellos. Cobran importancia en el relato por su función en relación con el protagonista. Los callejeros, por sus oficios, especialmente los músicos o el hombre del teatro infantil, a los que tanto atendía el niño. Los miembros de su familia, por su condición de tales. Curiosamente, en el ideario literario del escritor, quizá expresado en *Vegas bajas*¹¹, de boca de Chucho, se nos dice que los personajes deben de ser presentados y definidos por lo que hacen en la obra, no por sus rasgos: “Me gustaría que mis personajes no tuvieran rostro, que no pudiésemos decir en ninguna ocasión *el rubio alto, la bella fulanita*. No, todo ha de desprenderse de la lengua que empleen” (pp. 336-337).

En este sentido, no veremos en la proyección de los personajes elementos descriptivos, que se sitúen en el contexto de la autobiografía, sino de la elaboración literaria, de su relación y de su funcionamiento en el aparato artístico. De hecho sabemos que el nombre de la tía Plácida no es el que corresponde a la tía en la está inspirado el relato. Nos lo dice su propio creador:

¹⁰ La casa se encontraba según las palabras de Zamora en la calle Felipe IV, en (sic) portal de la acera izquierda, pasado el Hotel Ritz, frente al Museo”, en González Martel, art. cit., p. 119).

¹¹ Zamora Vicente, Alonso, *Vegas bajas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987.

*Y la tía Rosa (Placida, en el libro), la de la estampa “De visita”, que vivía en la calle de Felipe IV, en (sic) portal de la acera izquierda, pasado el Hotel Ritz, frente al Museo [...] Su entierro, muy apropiado a sus ínfulas, fue en Arganda. ¡En algún cuento lo he colado!*¹²

Dejemos a un lado a los personajes y ocupémonos del marco físico. La casa de campo está en Campamento, en el número 26 de cualquiera de sus calles. Es un dato que tenemos de refilón –incompleto, puesto que no sabemos de qué calle se trata-, cuando se destaca que el número tiembla al abrir la puerta. ¿Será recurso literario o corresponderá a la realidad?¹³:

Se hace un silencio en la memoria al abrir la puertecilla, tiembla el número 26 pintado de verde en la cima, y un bando de pájaros sale, susto rápido, de los árboles (p. 84).

Los datos de la ubicación de la casa familiar se reducen a la siguiente cita del capítulo *Música en la calle*:

Por la noche la kermés era en el atrio de la iglesia de San Andrés y un par de plazuelas más, muy bien aisladas con vallas de madera, y yo la veía desde los balcones, solo y cabeceando (p. 128).

Si siguiese la procesión desde el balcón de su casa, cosa que no dice, se trataría de la casa donde primeramente vivió la familia, en la plaza de la Cebada.

La procesión perdiéndose por la calle del Humilladero (p. 130).

En el recuerdo se mantiene fuertemente el gesto de echar monedas a los músicos desde el balcón de la casa:

Cuando me asomo al balcón de la casa paterna, pienso que voy a tirar una moneda (p. 55).

Según la biografía escrita por Pedrazuela, primero vivieron en el número 10 de la plaza de la Cebada, después se mudaron por tiempo breve a un piso de la carrera de San Francisco, junto a Puerta de Moros, para volver en seguida a la primera, de donde ya no se movieron¹⁴.

Sabemos que los chicos pasan el verano en las casas de los abuelos. No se da el nombre del pueblo ni sabemos si de allí proviene la familia del padre o de la madre. Ellos se bajan en La Roda (Albacete). Después tienen que coger un autobús (la tartana). En la biografía de Pedrazuela¹⁵ leemos que el padre de Alonso Zamora Vicente era de una aldea de Albacete llamada El Carrasco, en la ribera del Júcar, cerca de La Roda. En *Primeras hojas* se citan pueblos del entorno, como el mencionado de La Roda, Casas-Ibáñez, incluso Requena, ya en Valencia.

El padre no les acompaña en este viaje. Es de suponer que tiene que quedarse trabajando, ya que pasan una temporada larga, de junio a septiembre:

¹² En González Martel, art. cit., p. 119.

¹³ En la conversación con González Martel, Zamora corrige el número de la puerta: “-¡Anda! ¿El número 26, el pintado de verde encima de la puerta? No. En realidad era el 15”, art. cit., p. 116.

¹⁴ Obra citada, pp. 29-30

¹⁵ Obra citada, p. 28.

Estos chicos andan delgaduchos, es bueno salir al campo, en el pueblo estarán bien, habrá que mandarlos. Decidido: iremos a las casas de los abuelos, junto al Júcar, una gloria de tierra, y unas huertas que son una bendición, y luego, el fresquito del río, entre los chopos, y es tan agradecido cambiar de aires, y a ver si Dios quiere que paséis bien el invierno. Al campo. Muchos preparativos, y una mañana, suave niebla rosa de junio, las calles recién regadas, a la estación de Atocha (p. 131).

Para las fiestas de septiembre, vamos a la casa del pueblo (p. 139).

Todo lo que sabemos del colegio es ajeno al relato. No se dirá nombre ni dirección. Conocemos, sin embargo, por el propio Zamora, por sus entrevistas, que se trata del colegio Español-Francés, en la calle de Toledo, muy cerca de los soportales que llevan a la plaza Mayor. En ese mismo colegio había estudiado Pedro Salinas, cuya casa estaba situada en la zona, en la calle de Don Pedro, entre la plaza de San Andrés y la calle Bailén.

Sus hermanos, hay que suponer, irían al instituto de San Isidro, en la misma calle de Toledo, cerca del colegio, adonde también fue después Alonso. Pero le acercarían al colegio antes de entrar ellos en su instituto, y le recogerían al salir:

Al Colegio, y no te separes de tus hermanos, cuidado al cruzar, y no se te vaya a ocurrir venirte solo a la salida, y muchos en el Colegio no se llora (p. 144).

Este recorrido por los relatos de *Primeras hojas* nos permite llegar a la conclusión de que el libro no se asienta sobre una base autobiográfica sólida, puesto que apenas se ahonda en la familia ni en sus parientes más allegados. Incluso, como hemos comprobado en el caso de la tía Plácida, pueden no responder fielmente a la realidad. No hay ni descripciones, ni nombres propios apenas, ni sus profesiones, ni dónde viven. Hay que ver el libro más desde una óptica literaria, como ya lo han hecho algunos estudiosos¹⁶. Es pues un libro mínimamente autobiográfico. Sin embargo, algo hay que lo identifica con su autor, aun sin dar datos precisos: la atmósfera vital, que hace evidente lo que apenas está sugerido. Y esto es consecuencia de su gran dominio literario.

Ligado a lo autobiográfico está la intención con que abordó estos relatos. El mismo Zamora nos cuenta en una de las varias entrevistas que se le hicieron que tenía recuerdos aislados y deshilvanados de su infancia.

Mire usted, cuando yo escribí Primeras hojas, yo tenía muchísimos recuerdos, muchos, de mi vida de niño. Y de mi madre, que murió cuando yo tenía seis años, tenía muchos recuerdos aislados que yo no lograba naturalmente hilvanar: desde que los escribí se me han ido olvidando, pero completamente, me han desaparecido sueños, me han desaparecido, pues, eso, a veces hasta pequeñas emociones del barrio donde viví y de los pueblecitos por donde anduve, no solamente lo de mi madre sino muchas cosas de

¹⁶ Como Caballero Bonald, en el prólogo a la segunda edición de *Primeras hojas*, p. 16.

*las que y cuento ahí y es como si se hubieran traspasado a otro que pueda reedificarlas por su cuenta en lugar de reedificarlas yo*¹⁷.

Estos recuerdos autobiográficos proyectados en *Primeras hojas* los repite, y amplía, su autor en las entrevistas. Los terraplenes de Las Vistillas, nos dice en el libro, le servían para dejarse caer por ellos. Añade a lo que ya había reflejado en su libro que no había jardines como actualmente, sino las cuestas desnudas por las que se tiraban los chicos sobre seras viejas del mercado (se refiere al de La Cebada, cercano al lugar). También citará, como en los relatos, la guerra de Cuba, los mambises, al general Weiler, del que añadirá que fue el inventor de los campos de concentración. Todo ello lo oía de las personas sesudas que paseaban por allí por la tarde, viendo la maravilla del paisaje¹⁸.

La emoción depositada en cada relato contribuye a la veracidad autobiográfica. Son textos escritos en la lejanía de su país y de su familia. Y, como dice Caballero Bonald: “A mayor distancia de los hechos descritos, más afinada y avizora puede llegar a ser la memoria selectiva”¹⁹. Caballero Bonald concluye que, aunque existan elementos autobiográficos en los relatos –no se detiene a determinar cuáles son estos-, el resultado es absolutamente literario²⁰.

Como conclusión particular me gustaría añadir en esta línea que Zamora Vicente escribió *Primeras hojas* principalmente con la intención de rescatar para sí mismo ese período de su infancia, como seña de su identidad verdadera, y que los datos autobiográficos que he ido constatando en estos textos, aunque escasos, contribuyen a abundar en esta tesis. La escritura de este libro seguramente le sirvió no solo para ordenar sus recuerdos, como nos dice, sino también para calmar alguna intranquilidad interior. Sería, pues, *Primeras hojas*, un libro curativo²¹, escenario de un mundo feliz, a pesar de las frustraciones que, en ocasiones, manifiesta el niño protagonista. Muy significativo al respecto es el acotamiento temporal que

¹⁷ «Conversando con Alonso Zamora Vicente», por Harold Alvarado Tenorio, en *Las entrevistas de Arquitrave.com*. La entrevista se realizó en Madrid, en 1975, y se publicó originalmente en el *Suplemento del Caribe*, Baranquilla, abril, 1978.

¹⁸ <https://www.youtube.com/watch?v=5dlv84PyR8E>.

¹⁹ Obra citada, p. 13.

²⁰ «PRIMERAS HOJAS parece obedecer, antes que nada, a un previo esquema autobiográfico. No me refiero exactamente a que el autor haya querido desempolvar esos recuerdos de la niñez con ánimo de consignarlos como tales en el presunto arranque documental de su biografía. La actitud testificadora de Zamora Vicente enlaza, por supuesto, con la de un fabulador y apenas con la de un memorialista. Sus objetivos son netamente literarios y el método que utiliza en la reconstrucción de esas “horas primerizas” no obedece a más estímulo que al de la propia intermitencia estética del recuerdo. Ignoro hasta qué punto el escritor inventa la peripecia humana del niño que fue o se rige por un código testimonial basado en alguna fidedigna constatación de todas y cada una de las experiencias vividas. Pero eso no tiene absolutamente nada que ver con los resultados obtenidos, es decir, con ese balance entre perplejo y conmovedor con que Zamora Vicente va entornando las puertas de una pretérita intimidad. Y va cimentando, de paso, sus propias claves literarias» (pp. 13 y 14).

²¹ «Del “manejo de recuerdos familiares” que, “amontonado, se ordena en el álbum de fotografías” (VR, 11), nacen las hojas primeras de Zamora Vicente como un esfuerzo por revivir el pasado». A. Zubizarreta «Lengua y evocación en “Primeras hojas”, de Zamora Vicente», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 90, junio, 1957, p. 364.

se nos narra. Como hemos dicho, se centra en el momento anterior y posterior al fallecimiento de su madre. ¿Por qué un período narrativo tan limitado? Aunque su autor no hubiera decidido intencionadamente esta extremada limitación temporal, no dejaría de ser significativa. Es una reivindicación personal de su verdadera familia, de su momento de felicidad. Y lo decimos porque sabemos que su padre se casó al poco de morir su primera mujer²² y que, a partir de ese momento, y más con la llegada de nuevos hermanos, el niño Alonso pasó a sentirse en segundo plano. Pues a pesar de la proximidad temporal de este segundo matrimonio, nada se cuenta en el libro. No es una autobiografía ingenua e inocente, franca, de su infancia. Hay mucho de autobiográfico en lo que Zamora no cuenta.

²² Pedrazuela, obra citada, p. 32.